

Los que pudieron escapar del filo de la espada cristiana entraron en la ciudad, llevando con la vergüenza de la derrota el desespero de salvar la plaza. La consternación era general; los viejos, las mujeres y los niños durante la batalla se hallaban reunidos en la mezquita, rogando al falso profeta les amparase en aquellos angustiosos momentos; pero sus oraciones fueron inútiles, como los clamores de los profetas de Baal en tiempo de Elías, que se burlaba de ellos diciéndoles: *Clamate voce majore*.

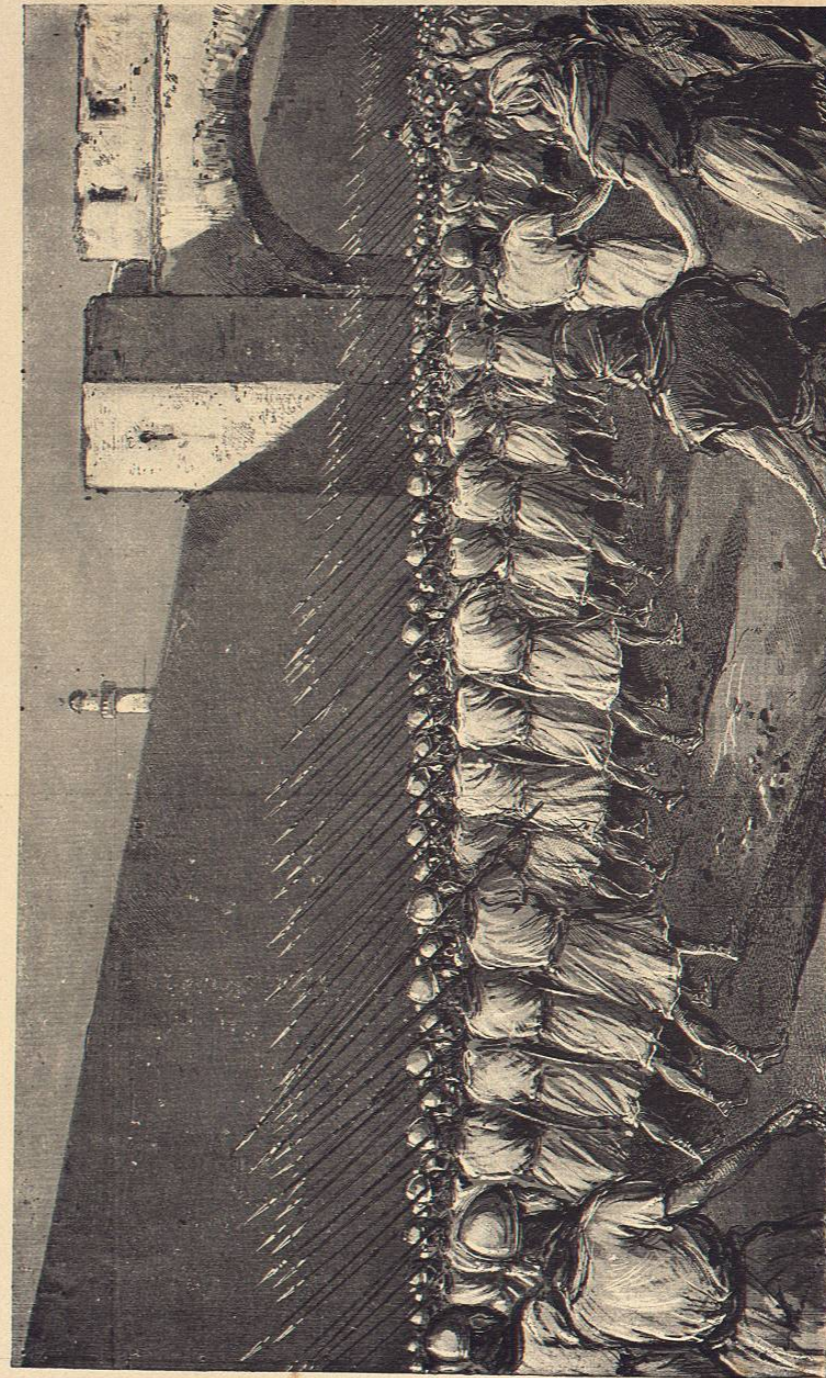
Los que se sentían con fuerza, animados por la desesperación y el despecho, se apresuraron á formar retrincheramientos detrás de las murallas, temiendo de un momento á otro el asalto, por cuanto el ejército cristiano no cesó de arrojar, durante la noche inmediata, toda clase de proyectiles y piedras, una de las cuales lanzada por las máquinas de guerra, de peso enorme, cayó sobre una gran viga que en aquel momento trasladaban cuarenta hombres para sus retrincheramientos, y casi todos fueron aplastados. El terror se esparció por todo el pueblo; persuadido de la inutilidad de la defensa, clamó por capitular, temiendo las desastrosas consecuencias de un asalto que se consideraba inminente, en cuya virtud se eligieron algunos magnates de la ciudad para presentarse al rey á implorar su clemencia, y decirle que se entregaría la ciudad.

En efecto, con pretexto de enterrar los muertos, hubo una suspensión de hostilidades por tres días, y á favor de esta tregua, se estipularon las condiciones de la rendición, que consistieron en poder salir con algunos efectos, acompañándoles una escolta hasta Laris, ciudad del desierto, lo que se cumplió lealmente.

Después de seis meses de sitio, los cruzados entraron en Ascalon con el júbilo y el entusiasmo que da el triunfo; puede decirse que fué más bien una procesión que otra cosa, pues lo hicieron cantando himnos y cánticos sagrados: el Patriarca á la cabeza del clero abría la marcha, llevando aquella porción de la verdadera cruz que santa Elena había dado á la Iglesia de Jerusalén; venían luego los caballeros de las Órdenes, los Templarios á la derecha, y los Hospitalarios á la izquierda, seguidos de gran número de señores, hasta llegar á un oratorio magnífico, que se había preparado de antemano para depositar el sagrado madero de la cruz del Salvador, y allí dar gracias al Dios de los ejércitos por tan señalada victoria. Esta entrada memorable se hizo el miércoles 11 de agosto de 1153 (1).

Después de la conquista de Jerusalén, no había acontecido un hecho tan glorioso ni tan útil como la rendición de Ascalon. Las fuerzas que se dejaron en esta plaza para guarnecerla, así como las de Gaza que eran de Templarios, cobraban grandes contribuciones hasta el interior de Egipto,

(1) Pagi. tom 4, pág. 376.



Entrada triunfal del ejército cristiano en Ascalon.

proporcionando recursos abundantes al rey de Jerusalem. Al saberse en Europa la toma y victoria de Ascalon, fué extraordinaria la alegría y el entusiasmo que produjo, augurando felices sucesos de la buena é inteligente direccion de Balduino, secundado por el valor de los cruzados, así como por la pericia é intrepidez de las dos Órdenes militares.

Así es que en virtud de los gloriosos hechos de armas llevados á cabo por las dichas Órdenes, en recompensa, los Papas quisieron demostrar la gratitud de la Santa Sede, concediendo á las dos Órdenes especialísimos privilegios. Anastasio IV confirmó los antiguos de que ya disfrutaban (1), como puede verse en la bula de este Pontífice dirigida á Fr. Raimundo de Podio, Gran Maestre del Hospital, con la cual declara, que á ejemplo de sus predecesores, Inocencio II, Celestino II, Lucio II y Eugenio III, tomaba la Orden bajo la proteccion de san Pedro, añadiendo la facultad de construir iglesias y cementerios en las tierras y señoríos que sean de su propiedad, con las ceremonias de la Iglesia en los entierros de sus caballeros, á pesar del entre dicho que los Ordinarios fulminasen: además, que podian celebrar y hacer celebrar una vez al año el oficio divino y misa solemne en iglesia entredicha, que les concedia exencion de diezmos, etc., lo que fué causa de que algunos Obispos se opusieran y reclamaran á la Santa Sede, diciendo que las Órdenes con tales privilegios abusaban de ellos y menospreciaban la jurisdiccion episcopal, siendo origen de grandes querellas y disturbios.

La alegría que habian ocasionado los brillantes sucesos que hemos relatado, fué interrumpida por la noticia de la muerte de san Bernardo. Los orientales que habian obtenido por su medio tan poderosos socorros, y en especial los Templarios, perdieron en su persona uno de sus más influyentes protectores.

Algun tiempo antes de su gloriosa muerte, el santo abad escribió tres cartas á Oriente; la una al patriarca de Antioquia, la otra á la reina Melisenda, y la última á su tío Fr. Andrés de Montbard. En la primera exhorta al prelado á la humildad y al fervor, y concluye así: «Si yo tengo, como lo presumo, algun ascendiente sobre vuestro espíritu, me atrevo á suplicaros que deis por mi consideracion algunas muestras de afecto y proteccion á los caballeros del Temple, y con esto os haréis agradable á Dios y á los hombres.» En la segunda alaba á Melisenda, porque entre las personas de bien que ella estima, los Templarios ocupen un lugar distinguido, y que les tenga como á consejeros y confidentes. En la tercera deplora el mal éxito de la última cruzada, predice su muerte cercana, y encarga á su tío saludar al Gran Maestre, á todos los caballeros del Tem-

(2) Ex magno Bullario, tom 1,
TEMP.

ple y del Hospital, recomendándose á sus oraciones por la última vez (1).

El Gran Maestre mencionado no podía ser sino Fr. Bernardo de Tramelay, cuya muerte aún no había llegado á noticia del Occidente, y que, no obstante, ya había sido reemplazado, no por Arnaldo de Montescot, como se supone en la historia del Languedoc (2), sino por Fr. Bertran de Blancafort, de cuyo maestrazgo nos ocuparemos luego.

En esta época, las dos Órdenes ya eran respetables por sus riquezas, que con prodigalidad les daban los grandes señores cristianos, y es sabido que los cuantiosos bienes de dichas Órdenes provenían de los príncipes y personas de la primera nobleza, quienes, tomando la cruz y el hábito, cedían á la Órden la mayor parte de sus señoríos.

En 1153, D. Pedro de Artal, primer baron del reino de Aragon, dió á los Templarios y Hospitalarios la ciudad de Borja, con todas sus dependencias, pero por medio de un convenio las Órdenes cedieron Borja al conde D. Ramon Berenguer, y éste les cedió Dumbel, el castillo de Alberich y Cabanes (3).

Estas frecuentes donaciones no sorprenden, si se considera el uso digno que hacían de ellas los religiosos militares, pues de todos los grandes bienes que poseían una y otra Órden, no sacaban sino una subsistencia frugal, aplicando todo lo demás al sostenimiento de los pobres y la defensa de la Tierra Santa.

¡Cuán admirable y sorprendente era contemplar á estos guerreros tan fieros y terribles en los combates, convertidos en otros hombres al entrar en sus conventos! apenas dejadas las armas para entregarse á los ejercicios del claustro, los unos cuidando de los pobres enfermos, y los otros ocupados en recibir á los peregrinos, unos limpiando las armas y recomponiendo los arneses de los caballos, y todos en sus diferentes y variados empleos, observando un religioso silencio y recogimiento propios de los solitarios anacoretas del desierto; un nuevo género de vida por cierto raro y desconocido hasta entonces, en que, sin estar obligados á estrecha clausura ni estar en el siglo, practicaban y ejercitaban sucesivamente todas las virtudes de dos estados diametralmente opuestos. Tal fué el cuadro que nos dejó de los Templarios san Bernardo, escritor contemporáneo, describiendo la conducta y género de vida de los religiosos militares de aquel tiempo.

(1) San Bernardo, carta 288, 289 y 302, edición Mabillon.

(2) Tom. 2 pag. 300.

(3) Hist. de Malta, tom. 1, pág. 122.



CAPITULO VIII.

Fr. Bertran de Blancafort, quinto Gran Maestre.—Eleccion del Gran Maestre.—Ruidosa cuestion sobre las inmunidades; Roma decide.—Trágica muerte del sultan de Egipto.—Noradino sultan de Damasco, ataca al ejército cristiano.—Sitio de Paneas; derrota del ejército cristiano; el Gran Maestre cae prisionero.—Sitio de Harem; batalla de Genesareth; libertad del Gran Maestre y Templarios por mediacion del emperador de Constantinopla.—Excursiones en territorio infiel.—Chatillon, príncipe de Antioquia cae prisionero.—Diferentes sucesos: muerte del rey de Jerusalem, proclamacion de Amauri, embajada á Francia, campaña del nuevo rey, tratado de alianza entre el rey y el visir del Cairo.—Operaciones militares: derrota de Noradino en Trípoli.—Combate desastroso en Artesfa, caen prisioneros los principales señores del ejército; la intrepidez de los Templarios salva al rey.—Embajada á Europa.—Sitio de Alejandria; Saladino gobernador de la ciudad; rendicion de la plaza; el Gran Maestre se opone á la campaña antes de concluir la tregua.—Sitio y toma de Peusa.—Sitio del Cairo; se levanta el sitio por ofrecimiento de una suma de dinero que no se cobra.—Desastres del ejército cristiano; muerte del Gran Maestre.—Donaciones.



los pocos dias de conquistada Ascalon, repuestos y descansados los Templarios de las fatigas de la campaña, reunieron el capítulo general para proceder á la eleccion del sucesor del difunto Gran Maestre Tramelay, recayendo la suerte en favor del caballero Fr. Bertran de Blancafort, cuya probidad y prudencia ensalza particularmente el historiador Guillermo de Tiro (1).

Este caballero Templario, nuevamente elegido Gran Maestre, era hi-

(1) Guillermo de Tiro, lib. 1, cap. 1°.